



Jean Jaurès en el discurso del socialismo argentino: Juan B. Justo, Alejandro Korn y la cuestión del socialismo ético*

Juan Manuel Viana

«... resulta doblemente curioso que nunca se haya intentado analizar el paralelismo de ambas figuras del socialismo [Justo y Jaurès], ni siquiera a la luz de un texto tan sugerente e ilustrativo como las conferencias porteñas de Jaurès»

(José Aricó, **La hipótesis de Justo**, Bs.As., Sudamericana, 1999, p.92)

1. Cuestiones de método

En ocasiones, la historia del pensamiento socialista tiende a igualar a todo un conjunto de formas ideológicas, bajo la nota de su carácter no-revolucionario. Revisionismo, reformismo, parlamentarismo, gradualismo, democratismo, integrarían una lista de rótulos intercambiables, que son pasibles de adquirir especificidad histórico-espacial, aunque no matices teórico-conceptuales. La denuncia de tal simplificación, por su parte, corre con otro riesgo: el exceso normativista. Pensar a los textos como «más cerca» o «más lejos» de una definición adecuada de los diversos perfiles doctrinarios, implica soslayar que dichos textos fueron concebidos para intervenir en debates y luchas puntuales: una interpretación «por definiciones», tiende a empobrecer nuestra comprensión histórica.

Sabemos que las intervenciones intelectuales surgen en el lábil campo de la retórica política: nuestro rescate suele ofrecérselas reificadas, como piezas teóricas consumadas. La tarea de una historia político-intelectual es reconstruir las redes en las que se plasma el significado de tales intervenciones, bajo al menos dos variables: discurso y tradición. Si el «discurso» es el horizonte de aquello que se puede nombrar y pensar en un determinado tiempo-espacio; y la «tradición» consiste en operaciones de otorgamiento de continuidad a un grupo de nombres para relanzarlos como ideas ante horizontes cambiantes; parece constituir una

auténtica decisión metodológica el que optemos por una de las dos perspectivas analíticas. La apuesta por el discurso, pone en suspenso la efectividad de una continuidad semántica; al estudiar la continuidad, se relativiza el horizonte discursivo en tanto mero «contexto». Articular ambas dimensiones constituye un desafío epistemológico: emprenderlo sin recaer en viejos vicios aparece como el suelo mínimo de condiciones.

En nuestro objeto, debemos abocarnos a interpretar un horizonte discursivo: el del llamado «antipositivismo argentino». Bajo este rótulo, se ubica a una serie de expresiones que coinciden en denunciar el determinismo, reivindicando la existencia de lo que hoy llamaríamos un resto no objetivable, que adquiere diversos nombres: su coordenada filosófica es un genérico «subjetivismo». Por otra parte, un efecto de tradición ha querido que tal rótulo no venga a marcar una ruptura con la expresión de una política científica socialista —coordenada del socialismo del Centenario— sino que, por el contrario, se integrara en una línea de intervención política que habría adquirido una suerte de autoconciencia ética, latente desde los inicios. Hacia finales de los años veinte, Korn lee a Justo como un socialista ético «no explícito» y a Jaurès como el modelo a seguir; Américo Ghioldi reivindica a los tres para justificar, contra el peronismo, un socialismo heredero del liberalismo. No se trata de reescribir la tradición socialista en un recto sentido. Pero indagando en la complejidad de horizontes de sentido, a la vez que en el sentido retórico de algunas intervenciones de Jean Jaurès, Juan B. Justo y Alejandro Korn, pretendemos aportar elementos para pensar los modos en que *una* tradición socialista tramitó las rupturas discursivas desde sus diversas fundamentaciones.

* Una versión previa de este trabajo fue presentada en las «Vas. Jornadas de Historia de las Izquierdas», organizadas por el CeDInCI, los días 11, 12 y 13 de noviembre de 2009, en Buenos Aires. Agradecemos a Adriana Petra, Horacio Tarcus y Patricio Geli la invitación a colaborar con la presente edición.

2. Política y metafísica en Jean Jaurès

Varios historiadores de las ideas, han indagado en la obra específicamente filosófica de Jean Jaurès: el n° 155 de **Cahiers Jaurès**, está dedicado íntegramente a tal tópico:¹ especialistas en filosofía como André Robinet y Alexis Philonenko dan relieve a tal volumen. A la vez, al menos dos tesis doctorales relativamente recientes abordan, más profundamente, la relación entre pensamiento político y metafísica en Jaurès.² Con anterioridad, Leszek Kolakowski había dedicado al francés un muy valioso capítulo de su extensa obra sobre las distintas corrientes teóricas del marxismo³. Dicho vínculo no puede ser soslayado: en 1881, Jaurès egresa de *l'École Normale Supérieure* como uno de los tres mejores promedios, por detrás de Lesbazeilles y el mismísimo Henri Bergson.⁴ Devenido en legislador republicano en 1885, al no ser reelegido en su banca retoma su actividad académica, hacia finales de la década, doctorándose en filosofía hacia 1892 con dos tesis: «*De la réalité du monde sensible*»⁵ y «*De primis socialismi germanici lineamentis apud Lutherum, Kant, Fichte et Hegel*».⁶ En 1893, ya puede considerarse a Jaurès un político socialista, pues ingresa al parlamento en representación de la facción socialista de Benoît Malon, opuesta a la ortodoxia kautskiana de Jules Guesde. Devenido político profesional, su obra no disminuye en cantidad ni calidad, aunque sólo pasa a retomar los temas de metafísica cuando estos vienen a apuntalar cuestiones más afines a la discusión teórico-doctrinaria: sus interlocutores han cambiado y Jaurès pasa a ser uno de los más destacados intelectuales del alto cuadro dirigencial de la II Internacional Socialista. Convertido en una figura de armonización práctica, logró no obstante sentar los principios teóricos de un tipo de interpretación del socialismo que gozó de amplia aceptación. De modo muy simplificado, podría intentarse resumir su pensamiento socialista bajo las siguientes coordenadas.⁷

a) En moral o en política, el socialismo es una fuerza inscrita en la historia del hombre; pero ésta, bajo una mirada de tipo pan-teísta-evolutivo, es pensada a su vez bajo la amplia legalidad del universo, que responde a una tendencia hacia la armonía

final. Históricamente, se trata de un ideal multiforme y sobre-determinado, que adquiere en el siglo XIX el nombre de socialismo, pero que viene a coronar el despliegue evolutivo de todas aquellas luchas que se dieron en nombre de la igualdad, la justicia y la libertad. Por tanto, el socialismo no está reñido con el republicanismo, sino que es una forma superior de realización del gran ideal de Humanidad, en el cual ambas formas políticas se inscriben.

- b) Supuesto este carácter acumulativo de la historia, y aun de todo el devenir cósmico, la figura que predomina en Jaurès es la de la evolución sin pérdidas: su pensamiento es el de una síntesis, como el de la dialéctica. Pero para el francés, las contradicciones en las que se expresa toda forma histórica no se resuelven necesariamente bajo la forma del conflicto: cree en la síntesis armónica. Por ello, descrea de la hipótesis marxiana de la necesidad de la pauperización general.
- c) No obstante el tono metafísico de su visión del socialismo, Jaurès considera al proletariado como el encargado de llevar adelante la realización del ideal de justicia, igualdad y libertad. Plasmada la contradicción entre «hombre-instrumento» y «hombre-fin en sí mismo», que revela la relación del salariado, los trabajadores están llamados a manifestar el ideal de justicia bajo la máxima potencia de su necesidad vital. Al trabajador le *va su vida* en realizar al Hombre: su particularidad, es la vía de la generalidad.
- d) El camino por el cual se asciende hacia el ideal es, como dijimos, progresivo: contempla a la democracia como forma privilegiada de ese ascenso. Y si bien no opera económica y tácticamente como un reformismo liberal, contempla, sí, la necesidad de integrar a las clases bajo la potencia del ideal socialista.
- e) Por la misma lógica evolutiva, la forma nacional no es concebida por Jaurès como un contrapeso del socialismo: considera que cada ascenso hacia la armonía se debe montar en la historicidad y la particularidad cultural de cada nación. Internacionalismo, en Jaurès, supone una previa constitución de naciones. Profundamente identificado con la cultura francesa, se mantiene en constante alerta y diálogo con la cultura y política alemana.

¹ **Cahiers Jaurès**, París, n° 155, janvier-mars 2000: «Jaurès philosophe. Colloque», París 1999. Se trata de la publicación de la *Société d'études jaurésiennes*, dirigida hasta 2005 por la historiadora Madeleine Rebérioux, y desde entonces por el también historiador Gilles Candar.

² Brumert, Ulricke, **L'universel et le particulier dans la pensée de Jean Jaurès. Fondements théoriques et analyse politique du fait occitan**, Tübingen, Gunter Narr Verlag, 1990, y Antonini, Bruno «Une nouvelle thèse de doctorat sur Jaurès» en **Cahiers Jaurès**, n° 165-166, 2002/3-4, pp. 57-62.

³ Kolakowski, Leszek, **Las principales corrientes del marxismo**, Madrid, Alianza, 1985, Tomo II, pp. 118-142.

⁴ Lévy-Bruhl, Lucien, **Jean Jaurès. Maestro y mártir del socialismo**, Buenos Aires, El quijote, s/f, p. 35.

⁵ Jaurès, Jean, «*De la réalité du monde sensible*», en **Oeuvres de Jean Jaurès**, Max Bonnafous, Les éditions Rieder, 1937, tomo VIII.

⁶ Jaurès, Jean, **Origines du socialisme allemand**, Paris, Les Écrivains réunis, 1927, en <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k56521817> consultado el 01/12/2010.

⁷ Retomando las lecturas antedichas, hemos explorado la relación entre política y metafísica en Jaurès, en nuestra investigación para el seminario de doctorado dictado por el Prof. Patricio Geli, «Itinerarios del pensamiento socialista en tiempos de la II Internacional: momentos europeos y argentinos» Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1er. Cuat, 2008.

3. Jaurès y el marxismo

Aunque pueda presuponerse lo contrario, en el denominado *Bernstein Debate*, Jaurès sienta posición a favor de la posición de Kautsky. El francés se declara, entonces, defensor de la «vía revolucionaria». Ahora bien, ¿qué significado tiene la «revolución» en Jaurès? Más allá de puntuales salvedades, no significa avalar el ataque violento o *coup de main*: más bien, parece ser el modo de considerarse heredero de la tradición revolucionaria francesa. La figura conceptual elegida por Jaurès resulta paradójica: «evolución revolucionaria».⁸ Este posicionamiento, sin dudas, puede considerarse como un mero giro retórico y táctico para seguir perma-

⁸ Jaurès, Jean, **Estudios socialistas**, Valencia, Sempere, 1909, p. xv.



neciendo bajo la línea doctrinaria marxiana. No obstante, revela otras dimensiones: principalmente, dos diferentes modos nacionales de insertarse en dicha línea.⁹ Para Eduard Bernstein, ser revisionista de Marx implicaba, antes que nada, ser un marxista. El modo de abandonar su ortodoxia, suponía considerar al socialismo como una ideal racional que permitiría organizar la vida económica, jurídica y social de un pueblo del mejor modo posible. Negando a la economía marxiana su status de conocimiento, Bernstein diferencia implícitamente un valor científico y un valor ético del marxismo. El capitalismo, para el teórico del revisionismo, es una forma de vida mucho más estable que la que proyectó Marx; no es ajustada la idea de una determinación económica sobre las identidades revolucionarias; por ende el socialismo, si es algo, debe ser un ideal racional de sociedad. Esto, en clave de filosofía alemana, significa: Marx, menos Hegel, más Kant. Con Jaurès, por el contrario, no asistimos a un pensador de matriz marxiana. Marx, es para él un momento de la evolución de ese gran ideal de Humanidad. Debe ser tomado como uno de sus defensores más lúcidos: el que pudo revelar la forma de la evolución histórico-material de la gran lucha universal. Pero tomar al marxismo como dogma es un error: Jaurès propone a las filosofías de la historia idealistas y materialistas como dos modos complementarios de describir la Vida. No se puede separar, más que intelectual y abstractamente, materia y forma.¹⁰ Jaurès, entonces, no puede ser asimilado al revisionismo, pues ubica a Marx en un desarrollo amplio de la historia del socialismo. Y aun más, no representa, en términos filosóficos, una posición de socialismo ético similar a la neokantiana: para Jaurès, la idea de *Justicia* está ya inscrita en el devenir cósmico. En rigor, la «idea» no es una invención de la racionalidad humana: su expresión moderna es una actualización de potencias previas. El modelo metafísico que opera en Jaurès es del tipo neoplatónico-romántico: el cosmos se reorganizará, desde su ruptura, en un retorno a la unidad original, que es coincidente con la armonía final. En ese ascenso, las determinaciones se acumulan. ¿Cómo opera esta idea metafísica en su concepción política? El socialismo, siguiendo a Benoît Malon, será para Jaurès una suerte de instinto de solidaridad: la moralidad humana es una especie de facultad innata¹¹. No se trata de seguir un ideal racional que plantee un salto entre el ser y el deber ser: sino, más bien, de seguir una suerte de orden natural, que se encuentra siempre en pugna con las potencias disolventes. No obstante —en este monismo o panteísmo evolutivo— el triunfo del principio de armonía se presenta como garantizado.¹²

Finalmente, en el terreno estratégico, aun siendo un sostenedor de figuras y metáforas revolucionarias, el modo jauresiano de rea-

lización del socialismo es asimilable al modelo reformista: las mejoras de la vida de los trabajadores se tramitan por la racionalización política de las luchas. El parlamento sigue siendo el ámbito privilegiado: lugar de la república y del socialismo.

4. La visita de Jaurès: primera recepción.

Jaurès no fue un hombre de largas travesías: salvo breves viajes europeos, permaneció casi toda su vida en Francia. Su gira sudamericana en 1911 representa un acontecimiento significativo aun para los historiadores franceses. El número 139 de *Cahiers Jaurès*, de enero-marzo de 1996, está dedicado a pensar su gira por Brasil, Uruguay y Argentina, y las consecuencias mutuas de su visita.¹³ No podemos detenernos aquí en aspectos relevantes de dicha visita: acontecimiento tan cultural como político, inscripto en la estela de otras célebres visitas europeas¹⁴. El propio Juan B. Justo había invitado a Jaurès a la Argentina, en el Congreso de la Internacional Socialista de Copenhague, en 1910. Podemos leer la invitación como una pretensión de validación del socialismo argentino, después del debate con el italiano Ferri, en 1908. Éste, recomendaba al Partido Socialista argentino reinterpretar la realidad argentina —a juicio de él incapaz de generar un partido obrero o socialista— para pasar a asumir un rol de Partido Radical a la franco-italiana, sin abstencionismo, y con un programa de reformas y democratización política. Si Justo había sabido, relativamente, resistir el embate del italiano —mediante una defensa heterodoxa de la necesidad del socialismo en una sociedad con preeminencia rural, y con urbes en rápida formación— la valoración jauresiana del socialismo argentino vendría a reforzar su lectura, ahora desde una voz quizá más poderosa que la del propio Ferri. Jaurès y Ferri solían representar posiciones opuestas al interior de la Internacional. Como hemos dicho, el francés defendía la idea de que cada realidad nacional desarrolla una forma política con su validez específica: en su caso, esto implicaba resistir la generalización del modelo alemán del Partido Social Demócrata. La extraordinaria integración de Jaurès al medio argentino supuso en ese sentido un éxito: la labor del socialismo argentino fue revalidada por uno de los principales dirigentes socialistas del momento.

El francés, llegado al país el 1° de septiembre de 1911, ofreció ocho conferencias pagas: siete en el Teatro Odeón de Buenos Aires, y una en el Teatro Argentino de La Plata. Luego, se dispusieron algunas charlas gratuitas con militantes socialistas. Salvo la pronunciada en La Plata, fueron todas transcritas taquigráficamente por el joven Antonio de Tomaso, y rápidamente reunidas en un volumen editado por La Vanguardia.¹⁵ El temario de las conferencias quedó a total criterio de Jaurès. Los títulos de las conferencias fueron:

⁹ Jousse, Emmanuel, «Jaurès et le révisionnisme de Bernstein: logiques d'une méprise», en *Cahiers Jaurès*, París, n° 192, 2009, pp. 13-49.

¹⁰ Jaurès, Jean y Lafargue, Paul, *Idéalisme et matérialisme dans la conception de l'Histoire*, París, Publications du groupe des étudiants collectivistes, 1895- <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5448071m.r=.langES>, consultado el 01/12/2010.

¹¹ Jaurès, Jean, «Preface a 'La morale sociale' de Benoît Malon», en *Revue du Mauss permanente*, París, 23 mai 2007, en <http://www.journaldu-mauss.net/spip.php?article121>, consultado el 01/12/2010.

¹² Esta diferenciación metafísica entre un «socialismo ético» neokantiano y un «socialismo moral» panteísta, puede leerse en Kolakowski, *op. cit.* pp. 240-283.

¹³ En un reciente artículo, Carlos Miguel Herrera se hace eco de este volumen, incorporando fuentes argentinas para pensar las consecuencias de la visita a la Argentina de Jaurès, y de cómo impactó en el francés su lectura de la realidad argentina. Cfr. Herrera, Carlos, «Jaurès en la Argentina: la Argentina de Jaurès», en *Estudios Sociales*, Santa Fe, n° 37, segundo semestre 2009.

¹⁴ Sarah Bernardt, Paderevski, Caruso, Anatole France, Georges Clemenceau, Enrico Ferri, entre los principales.

¹⁵ Jaurès, Jean, *Conferencias. Con prólogo de Juan B. Justo*; Buenos Aires, La Vanguardia, 1911.

La fuerza del ideal; Las ideas de Alberdi y las realidades contemporáneas; Nacionalidad, democracia y clase obrera; La política social en Europa y la cuestión de la inmigración; La organización militar de Francia; Las consecuencias de una guerra europea y los medios de garantizar la paz; Civilización y socialismo; El Partido Socialista Argentino.

Lúcidamente, Jaurès logró que su visión del socialismo surja a partir de un análisis de la historia material e ideal argentina. Ubicó a Juan Bautista Alberdi como figura central de las ideas argentinas.¹⁶ Buena parte de sus exposiciones lo ocupó el problema de las nacionalidades: en qué medida las burguesías nacionales pugnan por su conformación en los países de inmigración masiva como en la Argentina, y qué tarea le cabía al socialismo respecto a la incorporación a la vida cívica de esas masas.

La primera de sus conferencias, por otra parte, resumió su visión de la filosofía de la historia. *La fuerza del ideal* puede leerse como una síntesis de su intervención en el debate con el marxista Paul Lafargue, hacia 1895, titulado «El idealismo en la historia». En este texto, Jaurès expresa que las visiones idealista y materialista de la historia deben complementarse. La evolución puede explicarse en una clave idealista, como la lucha de los hombres por realizar un arcaico anhelo de igualdad: las modernas formas, como ideales, reactualizan una serie que es tan antigua como el hombre mismo, animal que porta en sí una suerte de instinto de solidaridad. A la vez, el nervio de la explicación materialista marxiana residiría en una contradicción física: se utiliza al hombre, fuerza viviente, como una máquina o fuerza sin vida. Se pregunta Jaurès si dicha contradicción, lejos de refutar al socialismo ideal, no viene a reencontrarse con él. Pues la contradicción de un capitalismo que hace del hombre un medio y no un fin en sí mismo puede leerse tanto desde una clave idealista como materialista. En una sintonía nada lejana del propio bergsonismo —que supone una unidad ontológica, pero un dualismo metodológico— afirma: así como no se puede cortar al hombre en dos, disociando vida orgánica y vida consciente, no se puede cortar en dos la humanidad histórica, y disociar en ella vida ideal y vida económica.¹⁷ En la conferencia argentina va más allá: la evolución material puede ser pensada como la afirmación de un ideal. Aun el determinismo económico reconoce que hay una suerte de «plan» que se cumple con inexorabilidad. A ese plan, que las ciencias naturales otorgan un lugar central, Jaurès lo llama «ideal». De hecho, la «idea de evolución» lo es por antonomasia: bajo la misma lógica, el ideal de técnica subyace al despliegue tecnológico efectivo. Así, Jaurès busca reconciliar materialismo e idealismo como concepciones complementarias de la Historia. No obstante, el elemento ideal es el que resulta privilegiado: la obra político-social se alimenta de hombres que experimentan vivamente un ideal moral y estético, el de justicia y el de belleza.

¹⁶ Para Diana Quattrochi-Woisson, esta opción revela qué tan profundamente interpretó Jaurès el linaje liberal y reformista del socialismo argentino. Cfr. «Jaurès, Alberdi et l'historiographie argentine», en *Jean Jaurès cahiers trimestriels*, n° 139, pp. 85-101.

¹⁷ Cfr. Juan Jaurès y Pablo Lafargue, *El concepto de la historia (controversia)*, Barcelona, Centro Editorial Presa, s/f, pp. 5-35.

¿Vale clasificar entonces a Jaurès como un idealista? Genéricamente sí. Pero este registro reconoce múltiples variantes en la clasificación metafísica. ¿Se trata de un idealismo subjetivista? Técnicamente, no: su tesis filosófica constituye un extenso esfuerzo por probar «la realidad del mundo» con independencia de la percepción humana. Pero la realidad que le adjudica no es la materialista, ni la fenomenista: todo el mundo es un gran «noúmeno», incluida la propia conciencia. La conciencia humana —diríamos hoy, con Deleuze— es una suerte de «pliegue» del mundo: está constituida por la misma sustancia que todo el universo. La sensibilidad es posible porque supone un plano de equivalencia: percibimos y decodificamos formas visuales y sonoras porque las propias ondas han dejado una marca en su acción infinita sobre la superficie de nuestro cuerpo. No hay un orden del ser distinto del mero aparecer: hay sólo ser, que se estructura en diversos grados o potencias. La conciencia es una actualización, no un receptáculo al que el mundo le es exterior. De este modo, el principal argumento filosófico que es descartado por Jaurès es el subjetivismo gnoseológico.

De todos modos, dicha diferenciación conceptual no se opera en su primera recepción argentina, y tenemos así a un Jaurès que es interpretado genéricamente como un idealista. El tono de sus conferencias, obedece más al de un intelectual republicano formado en la filosofía espiritualista, que al de un dirigente socialista.

Como contrapartida a esta cuestión filosófica, Jaurès agrega un posicionamiento menos etéreo: defiende los términos civilizatorios del proyecto de penetración colonial pacífica. Puede verse en sus conferencias,¹⁸ el modo en que interpreta el problema nacional en la Argentina: una nación en formación, que terminará de nutrirse redoblando la apuesta inmigratoria, pues le cabe un importante rol en el concierto mundial. Una nación que puede albergar muchísimos más hombres, se fortifica no por anexión brutal, sino por asimilación pacífica de las fuerzas del trabajo. La cuestión social argentina se expone en una clave curiosamente alberdiana, aunque a escala mundial: el incremento poblacional garantiza, no solo la renovación étnico-económica, sino más bien la firmeza de una nación destinada a realizar el ideal de Humanidad. Fortalecidas las nuevas naciones pacíficas, generalizado el libre-comercio y la inmigración, pueden convertirse aquéllas en los garantes objetivos de la paz internacional.

Bajo el halo de estos señalamientos, queda claro que Jaurès reafirma y legitima el accionar cívico y democratizador del Partido Socialista argentino. Un Juan B. Justo agradecido sabrá reconocer al dirigente francés dicho halago. Sin embargo, se guardará ya en 1911 de prever dos diferencias. La primera, como una suerte de separación al interior de la política argentina: advierte a Jaurès que el público burgués y snob de sus conferencias en el Teatro Odeón no representaba un terreno fértil para su prédica, habiendo sido más bien presas pasajeras de su encanto retórico y de su

¹⁸ Especialmente en «La política social en Europa y la cuestión de la inmigración». Este punto es analizado específicamente en Blanc, Jordi, «Individu, société et transcendance à travers les conférences de Jaurès à Buenos Aires», en *Jean Jaurès cahiers trimestriels*, n° 139, pp. 61-84.



carácter de figura estelar europea. La segunda, en una sintonía afín, consiste en delimitar su visión de las dificultades para la realización del proyecto socialista en la Argentina:

[...] chocamos en este país con las dificultades más complejas, chocamos con la prepotencia de los mandones que no tienen idea de lo que es gobernar un pueblo moderno, chocamos con el sable de la policía que cae con frecuencia sobre nosotros, y chocamos también con la pedantería de una ciencia oficial que pretende desautorizarnos diciendo que este movimiento es exótico.¹⁹

Los discursos de Jaurès habían tenido un plus «armonizador» de clases, más allá de lo que recomendaban los términos discursivos de una variante del socialismo, aun si ella fuera «reformista». Compartir charlas con dirigentes como Julio A. Roca, le valió a Jaurès no pocas críticas en la propia Francia.²⁰ Parece entonces que el propio Justo, en oportunidad de presentar al dirigente francés frente a un auditorio socialista mayoritariamente obrero, pretende reubicarse, de alguna manera, hacia la izquierda de las preferencias del Odeón.

5. Muerte de Jaurès, lecturas subjetivistas

La recepción del pensamiento de Jaurès puede dimensionarse no sólo en Juan B. Justo, sino también en otros intelectuales socialistas, que de hecho contendieron con aquél en el liderazgo ideológico del partido. Tanto Manuel Ugarte como Alfredo Palacios, presentan señales explícitas de haber hecho propio el pensamiento jauresiano. En el caso de Ugarte, el vínculo es profundo: como representante argentino, participa en los Congresos de la II Internacional de Amsterdam (1904) y Stuttgart (1907). Norberto Galasso²¹ destaca la fortaleza de la impresión que causó en Ugarte el pensamiento del francés. De hecho, es el único delegado que apoya, en Amsterdam, la moción de Jaurès respecto a la autonomía táctica de cada partido socialista. Quizá pueda justificarse la filiación jauresiana de Ugarte no sólo desde este último aspecto, que es el más señalado por Galasso, sino también por un motivo que podríamos llamar de afinidad filosófica o cultural. La referencia a un ideal que se encarna, no sólo en la historia material, sino también en la historia cultural de la humanidad, abre en Jaurès la puerta hacia una fundamentación espiritualista del socialismo: hay todo un campo de apropiación, que es contemporáneo al acceso al socialismo de intelectuales formados en las letras, la filosofía y aun el derecho, que puede leerse esquemáticamente como

el encuentro entre anti-positivismo y socialismo reformista. Parte reveladora de ese encuentro en la Argentina, es también Alfredo Palacios. Montado sobre un espiritualismo quizá post-religioso —donde la armonización de clases de la doctrina social de la Iglesia juega un rol inicial— su ingreso al socialismo se tramita por la vía del liderazgo personal y oratorio. En ese Jaurès que equilibraba las tendencias en pugna al interior del socialismo mediante el uso acertado del lenguaje, y en la atrayente personalidad oratoria que trascendía largamente los límites de la dirigencia obrera, se pueden trazar claros lazos de identificación con el Palacios de su primer período partidario.

Todo ese campo discursivo se manifiesta en otro de los acontecimientos fundantes de la recepción de Jaurès en la Argentina: su muerte en 1914. Justo emite breves y emotivas palabras en su honor, en un acto socialista convocado en el Frontón Buenos Aires. En tal alocución, resulta interesante su referencia a la no centralidad de las personas en el movimiento socialista:

Se dice que el asesino de Jaurès es un loco. Apresurémonos a crearlo. [...] Se puede, a veces, decapitar al despotismo, se puede decapitar el papado; pero es imposible decapitar el socialismo. Porque no sería socialismo un movimiento de masas inconscientes sugestionadas por la voz sonora de un hombre. El socialismo es, ante todo, y por sobre todo, la difusión de la conciencia y la capacidad histórica en la masa del pueblo. Es esa elevación de la mente colectiva que pone ya al pueblo trabajador de la ciudad de Buenos Aires por encima de la titulada clase dirigente en cuanto a capacidad para dirigir la marcha efectiva de los sucesos. [...] Inspirémonos en sus grandes sentimientos, hagamos vivas en la acción sus altas ideas y así Jaurès será inmortal.²²

Queda claro que la intención más general de Justo es la de renovar fuerzas en un auditorio socialista que se presentaba golpeado por la noticia de la muerte del francés. No obstante, resulta interesante notar cómo en el preciso momento de evocar el perfil, la fortaleza y todo el influjo de una personalidad de la talla de Jaurès, Juan B. Justo se empeña en remarcar el carácter objetivo del socialismo como fuerza histórica. Desde ya que dicha reflexión no se encontraba en pugna con las ideas jauresianas: en efecto, en el francés se da incluso una inscripción vital y cósmica del socialismo, por lo cual la dimensión «personal» parecía hundirse en un fondo de naturaleza más metafísica. Aunque la intervención de Justo supone una distancia respecto a la valoración del peso personal de los líderes socialistas, calificados en otro tramo de su alocución como «trabajadores de la palabra».

Más allá de esto, la interpretación en clave personal y subjetiva se iba a multiplicar en el cuadro de las evocaciones de Jaurès. En el nudo de acontecimientos que confluyen en el 1914, el francés iba a ser integrado en una discursividad mucho más amplia que la socialista: pasaba a ser, eminentemente, un defensor de la paz

¹⁹ Cfr. «El Partido Socialista Argentino» en Jaurès, **Conferencias**, p. 3.

²⁰ Sumados al controversial asunto de los 150.000 Francos recaudados por las conferencias en Brasil, Uruguay y Argentina y a su ausencia por dos meses, se lo criticó desde izquierda por departir amablemente con las oligarquías que reprimen a los trabajadores sudamericanos. Desde la derecha, se ligó su nombre al de su hermano Louis, Comandante de Marina, responsable de la explosión del Acorazado *Liberté* en la rada de Toulon. Cfr. Moret, Frédéric «Vie privée et vie publique: la presse française devant le voyage de Jean Jaurès en Amérique latine», en **Jean Jaurès cahiers trimestriels**, n° 139, pp. 103-113.

²¹ Cfr. Galasso, Norberto, **Manuel Ugarte: un argentino «maldito»**, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1985.

²² El discurso es transcripto en Pan, Luis, **El mundo de Nicolás Repetto**, Buenos Aires, Nuevo Hacer Grupo Editor Latinoamericano, 1996, pp. 239-240.

internacional. Su muerte es reflejada desde el señalamiento de su perfil de pacifista y humanista consecuente. Las editoriales de la revista **Nosotros** de dicho año, son elocuentes para rastrear esta recepción de su «figura».

Ha sido asesinado el más alto representante contemporáneo de la humanidad que espera el advenimiento de días mejores, días de más Amor, más Verdad, más Justicia, más Belleza. [...] la violencia que ayer hirió en el bando contrario a Francisco Ferdinando de Austria... hoy hiere en nuestro bando a Jaurès.²³

La respuesta a cuál es el bando en el que militan tanto Jean Jaurès como la propia línea editorial de la revista **Nosotros**, suscitó la intervención de Manuel Gálvez, también colaborador de la publicación, preguntándose si la revista transigía su declaración de imparcialidad política y se declaraba así, «socialista». En el número siguiente se le respondió también bajo firma editorial:

Nosotros no es socialista, puede creerlo el amigo Gálvez. Pero Nosotros es una revista argentina, país que auspicia todos los nobles y generosos ideales; Jaurès, aparte su condición de socialista militante, fue un luchador incansable por la paz, por la justicia, por la libertad; Jaurès representaba el presente como lo representa la Argentina, así como Francisco Ferdinando de Austria, con quien lo poníamos nosotros en contraposición, representaba el pasado: nada más natural que habláramos de nuestro bando y del bando contrario. ¿O está Manuel Gálvez con el otro bando? Buen provecho le haga; pero constituirá entonces una ínfima minoría en nuestro ambiente, cuyo espíritu cree interpretar **Nosotros**.²⁴

Pueden encontrarse allí dos elementos que consideramos importantes en la interpretación de la recepción de Jaurès en la Argentina. Por un lado, la clave axiológica en la que se incorpora a su pensamiento. Aparece Jaurès como un intelectual que defendió con su propia trayectoria una serie de valores concomitantes con un espíritu general «republicano-democrático». Nada hay de anacrónico ni sesgado en esa apropiación de la obra jauresiana. Sin embargo, puede notarse cómo es realzado el perfil intelectual que se conecta con el liberal-reformismo, en detrimento de su específico aporte al pensamiento y a la práctica socialista.²⁵ El segundo elemento que pretendemos extraer, permite trazar identidades por antagonismos en común. El surgimiento en la propia Francia de un tipo de nacionalismo, ya no ligado al *éthos* de los gestores de la Tercera República, sino por el contrario basado en figuras de la restauración monárquica y

la anti-ilustración, se patentizaba en la herida que significó la muerte de Jaurès a manos de un militante de esta última orientación política. Ocupando el dirigente socialista una posición alejada del cosmopolitismo —sostenida por la propia rama «ortodoxa» de Guesde— representaba, no obstante, un punto de conflicto con aquellos nacionalistas restauradores de un orden pre-moderno, monárquico, aunque no uniformemente clerical. La nota irónica destinada a ubicar a Manuel Gálvez en «el otro bando» —el mismo de Francisco Ferdinando de Austria— puede ser leída bajo el nuevo esquema de antagonismos en los que se constituirá la identidad socialista: una nueva derecha anti-democrática, quizá más relevante en sus ideas que en sus prácticas, vendrá a polemizar y a hostigar desde la pluma a un socialismo cada vez más exclusivamente ligado a la defensa, también filosófica, de la democracia representativa.

6. El socialismo de Justo: ¿política científica o fuerza moral?

La imagen de Jaurès destinada a perdurar en el ideario socialista argentino, se inscribe bajo los términos de un inespecífico «socialismo ético». El escándalo de una guerra entre naciones civilizadas genera en el seno del socialismo una división que excede la toma de posición respecto a la «cuestión nacional». Se trata de interpretar si la crisis europea no obedece al agotamiento de un paradigma filosófico-cultural. En paralelo a la idea de un agotamiento del positivismo y el cientificismo académicos, la pretensión de «renovación espiritual» hace efecto al interior de la fuerza dirigida por Justo. **Teoría y práctica de la Historia**²⁶ había sido el hito teórico del socialismo hacia los años del Centenario argentino. Una visión objetivista de la historia, edificada desde sus bases biológica, económica y técnica, que permitiría interpretar el devenir de los pueblos bajo premisas «teóricas». La propia historia argentina encuentra en Justo una inteligibilidad de ritmos prolongados, cuando se la escruta desde una clave económica: tránsito del feudalismo hacia el capitalismo agrario; guerras civiles que materializan una lucha entre terratenientes provincianos y burgueses urbanos. El pueblo criollo que protagonizó esta historia, al parecer de Justo, luchó con coraje y valentía, pero lo hizo sin una conciencia esclarecida y sin metodología: de allí, *derivaría* su inexorable debacle cultural y étnica. Una inmigración que modernizó las estructuras, pudo efectivizar el paso de una población como mano de obra guerrera, hacia una mano de obra agraria e industrial. En la creciente especialización y localización que surge hacia finales del siglo XIX, se perfilan las condiciones de un proletariado en lucha. El surgimiento del Partido Socialista es interpretado, en Justo, como la consecuencia natural de dicho desarrollo capitalista. Sin embargo, el Debate Ferri vendría a modificar la expresión casi mecánica de tal emergencia: el socialismo argentino se ve llamado a representar tanto a los obreros como a todos los ciudadanos que pugnen por la modernización de la vida argentina. En la construcción ideológica justiana —aplicada

²³ **Nosotros**, n° 64, 1914; en Ulla, Noemí (selección y prólogo), **La revista Nosotros**; Buenos Aires, Galerna, 1969, p. 385.

²⁴ **Nosotros**, n° 65, 1914, en Ulla, *op. cit.*, p. 22.

²⁵ Así, el Jaurès pacifista, termina «compartiendo» espacio de homenaje necrológico de **Nosotros** con quien falleciera casi en los mismos días en nuestro país: el Presidente Roque Sáenz Peña, quien es destacado como político idealista, defensor de la paz interior y exterior, reformador e intérprete del alma de su pueblo. En fin, demócrata en los valores, y reformista en su práctica. La simultaneidad de ambas muertes (Jaurès el 31 de Julio, Sáenz Peña el 9 de agosto), nos ofrece un plano discursivo en el cual se manifiesta el ideario por el que las editoriales de **Nosotros** los congregan a ambos.

²⁶ Justo, Juan B., **Teoría y práctica de la Historia**, Buenos Aires, Lotito y Barberis Editores, 1era. ed., 1909.

a responder la impugnación del italiano sobre la necesidad de un Partido Socialista en una nación de economía agraria— el PS es caracterizado como el único partido político propiamente dicho, siendo doble su tarea: conseguir una creciente representación trabajadora en el ámbito parlamentario, y proveer las ideas y prácticas necesarias para insertar a la Argentina en la modernidad política. La definición de progreso como «bienestar mensurable de la población»,²⁷ no hace más que poner en fórmula la intención justiana: traducir el ideal genérico que muchos parecían compartir en la Argentina del Centenario, en términos de una auto-denominada «política científica».

Ahora bien, esta interpretación objetivista de las tareas políticas del socialismo, encontró en su práctica un desdoblamiento. Por un lado la política científica, entendida como ejercicio de gobierno orientado por un saber histórico-económico, sólo fue ejercido a título legislativo por los socialistas comandados por Justo: no lograron acceder a la gestión ejecutiva del Estado. Esto, por su lugar de enunciación, deja en el plano de la normatividad, o del «deber ser», a todo el gran conjunto de iniciativas e investigaciones propugnadas bajo tal modelo de gestión estatal. Por tal razón, debe indagarse al discurso socialista desde su rol en la conformación cultural, ideológica y organizativa de un horizonte de modernidad. Este eslabón educativo, parte central de las tareas solicitadas a un socialismo de economía en vías de industrialización, fue quizá el estandarte más visible del socialismo justiano. Tramitadas sus rupturas iniciales con las fuerzas sindicalistas, y obturado su crecimiento electoral por la plena entrada en juego del radicalismo, la denominada «labor cultural» del Partido Socialista se convierte así en un desafío a los términos de su fundamentación epistemológica más profunda. Porque, entonces, ¿no es el socialismo una fuerza moral, que pretende realizar una labor educativa sobre toda la sociedad argentina, y que viene a realizar de modo pleno una tarea civilizatoria?

Esta duplicidad, presente desde ya en el pensamiento de Juan B. Justo, ofrece los elementos para sentar el paralelo entre el argentino y Jaurès, que fuera esbozado por José Aricó.²⁸ Una primera cuestión a zanjar es, sin dudas, la posición respecto al marxismo. Señala Aricó lo antedicho: vemos en Justo menos de Bernstein que de Jaurès, en tanto sólo el alemán podía considerarse un marxista de pleno derecho. Compartió, sí, Justo un cierto horizonte de coincidencia con el marxismo neokantiano: la idea de plusvalía no tuvo para él valor epistemológico, y sí moral. Es una suerte de «alegoría», cuya fuerza reside en señalar la falacia de considerar al salariado como un contrato. Pero en tanto Marx considera al hombre como «mercancía» no acertaría en los términos elementales: pues pone al hombre al nivel de las cosas. En ese plano —quizá de evaluación superficial de la categoría marxiana— puede encontrarse a Justo, Bernstein y Jaurès en los tér-

minos más generales de un socialismo ético. El marxismo tiene valor de denuncia, más no científico.²⁹

7. Alejandro Korn y la igualación axiológica de la tradición socialista

Dicha pretensión de superación del momento «marxiano» del socialismo, adquiere en nuestro medio una expresión de época, en textos de efecto perdurable. Nos referimos a la interpretación que hizo Alejandro Korn, en su tardía «conversión» al socialismo, manifestada en textos que van de 1916 a 1936, año de su muerte. El primer jalón es un breve texto aparecido en los **Cuadernos del Colegio Novecentista**, en 1918, denominado a posteriori por Francisco Romero como «Socialismo ético».³⁰ Allí, establece la necesidad de una renovación general de la cultura, una ruptura con el fondo materialista que alimenta el individualismo utilitario. ¿Por qué oponer al individualismo una doctrina socialista igualmente materialista? Aquí Korn esboza el linaje de su visión del socialismo: hay quienes han comprendido que el problema social no es económico, sino ético. Aun «el amplio espíritu que fue León XIII» dejó volcar en su encíclica «*De rerum novarum*» la posición católica respecto a la cuestión social. Queda entonces, a los socialistas, actualizar su filosofía ante esta evidencia: ha sido Jean Jaurès uno de los encargados de emprender dicha renovación. Sobre el comienzo de la década del treinta, ya afiliado al PS y convertido en el guía intelectual de los jóvenes universitarios que hacen el tránsito del reformismo al socialismo, Korn trazará el sentido de la influencia de Jaurès en nuestro medio. Pero antes de ello, encontramos en 1925, en uno de sus textos de mayor relevancia, una referencia a Justo en una clave llamativa. En «Nuevas Bases», texto en donde el médico platense plasma su manifiesto post-positivista para la cultura argentina, señala al socialismo de Juan B. Justo como el encargado de sentar las bases ideológicas del siglo XX. En una futura e imaginada concordancia entre el socialismo justista y el nacionalismo de integración cultural de Ricardo Rojas, proyecta en Justo el perfil que arriba trazáramos, pues ve en su «obra política y social» un legado más perdurable que el de la mera obra escrita. Si se debe a su partido la labor educativa y moral más fecunda; ¿cómo conciliarla con su fraseología objetivista?

No nos perturbe la aparente estrechez de su base teórica. El socialismo, en realidad, se ha dado cuenta de que el problema social, más que económico, es un problema ético. Públicamente no puede confesarlo, porque este pensamiento no es de Marx, sino de Le Play, de Schmoller y de León XIII.³¹

En las mencionadas semblanzas de Jean Jaurès, la línea de asimilación y continuidad, se completa. Pues ha sido el francés un ade-

²⁷ Cfr. Justo, Juan B., «La teoría científica de la historia y la política argentina», en **La realización del socialismo**, Obras de Juan B. Justo, Tomo VI, Buenos Aires, Editorial La Vanguardia, 1949, pp. 172-173.

²⁸ Aricó, José, *op. cit.*, pp. 85-95.

²⁹ Desde esta pertenencia genéricamente no marxista, Jorge Dotti ve en el socialismo justiano el otorgamiento de un lugar privilegiado para los ideales morales. Cfr. Dotti, Jorge, **La letra gótica. Kant en la Argentina**, Buenos Aires., Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1992, pp. 178-185.

³⁰ Cfr. Korn, Alejandro, **Obras completas**, Buenos Aires, Claridad, 1949, pp. 503-505.

³¹ Korn, *op. cit.*, p. 201.

lantado que, desde la política, ha enfrentado al positivismo. Su socialismo idealista representa la superación del socialismo materialista marxiano. Es este «tercer momento» la fase más evolucionada de la larga historia socialista: Saint Simon es su orientación práctica, Marx su fase científica; Jaurès su formulación ética. No desconoce Korn los términos de la metafísica jauresiana, y expresa la doble matriz ideal-material de su filosofía de la historia. Pero ve en la potencia ética y axiológica de su pensamiento, el elemento más firme para renovar la espiritualidad de un socialismo ceñido a los términos materialistas del marxismo. Nuevamente, vincula al socialismo vernáculo con la línea de orientación jauresiana. No obstante, señala cierta «demora» en el reconocimiento de esa asimilación: según Korn la visita de Jaurès desató el éxito aparente que predijera el «maestro Justo». El mundo burgués admiró su poder oratorio, pero no asimiló el caudal de sus ideas renovadoras. Sólo los hechos que siguieron a su trágica muerte irían a confluír en la asunción generalizada de sus ideas. Así, para Korn, a comienzos de la década del treinta,³² la tradición de socialismo argentino inaugurada por Justo, se podía caracterizar bajo los términos del «socialismo ético», expresión de la renovación doctrinaria emprendida por Jean Jaurès.

8. Epílogo: Justo contra el socialismo ético. ¿Cuestión de nombres?

Esta lectura sobre las operaciones interpretativas de Korn, puede ser pensada como un mero ejercicio conceptual. En nuestra opinión, ofrecen un testimonio de las nuevas maneras en que se tramitaron, por demarcación e identificación, las formas de entender al socialismo: ya no frente al marxismo clásico, sino directamente frente al bolchevismo. Ahora bien, lo cierto es que el juicio del platense parece dictaminar la suerte filosófica del socialismo justiano: se habría tratado de un «socialismo ético», aun cuando su fraseología muestre residuos de su formulación inicial materialista. Korn, argumenta que la visita de Jaurès habría operado de avanzada de la renovación espiritualista, subjetivista y antipositivista, y que el propio socialismo argentino se mostró en consonancia con esa anticipación, aunque mucho más en sus prácticas que en sus formas teóricas.

De la dicotomía entre «política científica» y «prácticas pedagógicas», vimos que podía desprenderse una interpretación como la que formula Korn. ¿Cabe proyectar este matiz filosófico en la identidad de un partido que, desde 1930, abandonaría su horizonte obrerista y se volcaría más explícitamente a las clases medias urbanas? Quizás sí, pero tal asimilación no debe pasar por encima de coyunturas y posicionamientos partidarios, que exceden los marcos del presente trabajo.³³ Tal «coagulación» semántica admite sus

fisuras: ¿qué afirmó el propio Juan B. Justo sobre los términos de una renovación ética del pensamiento socialista? Es necesario retroceder hacia una serie de textos producidos en los años de la Gran Guerra,³⁴ para encontrar la valoración que el propio Justo formulara acerca de las crecientes apelaciones «éticas» del socialismo. Un tópico al que Justo dispensó atención fue el de las «condiciones materiales y mensurables de la paz». Un artículo aparecido en **La Vanguardia** hacia junio de 1916, lleva el sugestivo nombre de «Los nuevos valores éticos». Afirma allí que la guerra, siendo un fenómeno tan espantosamente material, no ha curado a los hombres de las divagaciones metafísicas. Quienes piden que se purgue al socialismo del materialismo marxiano, llegan al extremo de responsabilizar a Marx de la catástrofe bélica. Dicha extravagancia, sostiene Justo, se acompaña de la siguiente advocación:

[...] restaurar en el socialismo los valores éticos, una concepción histórica en que el respeto a la personalidad humana y a las nacionalidades esté por encima de toda pretendida necesidad económica. Y agrega Araquistain: 'El socialismo deberá dar en lo sucesivo preponderancia a los valores éticos y jurídicos sobre los económicos en toda política internacional'. ¡Pobres de nosotros si nos dejáramos guiar por frases semejantes!

[...] ¡El respeto de los socialistas por la personalidad humana! En buena hora. Pero frente a un 'carnero' ¿lo antepone-mos a la conveniencia colectiva de un gremio en huelga? [...] ¿Vamos a creer en la preponderancia de los valores éticos y jurídicos? Si estos factores no predominan siquiera dentro de la nación [...] ¿cómo hemos de creer que preponderen en la vida internacional?

[...] Lo que exige nuestra atención no son las declaraciones redundantes y estériles, sino el estudio de las condiciones materiales, mensurables, de la paz.³⁵

En una clave afín se expresa Justo en la nota del 1° de mayo de 1918 llamada «¡Purifiquemos la paz!».³⁶ Parafraseando a Bernard Shaw, sostiene una dura hipótesis: condenemos la guerra, pero no desde la hipócrita homilía papal. Si la paz es el velo que oculta la esclavitud de la mayor parte de las personas, no es ésa paz la que debe defenderse. La guerra se resolverá por sí misma, y quizás nos deposite en una nueva paz, superadora de la anterior. Más allá de los términos, una cierta confianza monista en que la violencia pueda parir una paz verdadera, informa la editorial de Justo. Estos breves textos nos manifiestan, en una coyuntura puntual del socialismo argentino, cómo el propio Justo ofrecía una persistencia objetivista frente al avance de una argumentación crecientemente ética y armonizadora al interior del socialismo. Nada de expurgar al socialismo de Marx, ni mucho menos de responsabilizarlo a él, o a cualquier persona o doctrina por un proceso histórico. Los términos de la reacción espiritualista le aparecen a Justo como una expresión inocente, o bien como un velado intento restaurador de

³² Hemos resumido aquí lo expresado en tres textos: «Juan B. Justo», nota de redacción para la muerte de Justo en 1928; «Jean Jaurès en la Argentina», discurso en ocasión del aniversario de la muerte del francés pronunciado en 1932; y «Hegel y Marx», curso desarrollado en la Escuela de Estudios Sociales 'Juan B. Justo' hacia 1934. Cfr. Korn, *op. cit.*, 506-507; 519-527; 565-580, respectivamente.

³³ Cfr. Herrera, Carlos, «Corrientes de izquierda en el socialismo argentino, 1932-1955», en **Nuevo Topo**, n° 2, Buenos Aires, abril/mayo 2006, pp.127-153.

³⁴ Reunidos en su mayoría en el tomo V de sus Obras: Cfr. Justo, Juan B., **Internacionalismo y patria**, Buenos Aires, La Vanguardia, 1933.

³⁵ Justo, **Internacionalismo y patria**, p. 281 (destacado nuestro).

³⁶ Ídem, pp. 283-286.

ideologías retrógradas. No ofrece los nombres de sus polémicas internas de años anteriores: tanto Palacios como Ugarte, referentes de lecturas del socialismo con énfasis en valores espirituales, eran ya figuras exteriores al partido. La referencia que nos brinda es la de «Araquistain», sin más informaciones.

En torno a tal referencia, cabría arriesgar un trazo profundamente hipotético. Creemos que Justo refiere al español Luis Araquistain (1886-1959), por esos años escritor, periodista, más tarde dirigente de la Segunda República Española. Es probable que Justo lo cite desde alguna de sus crónicas periodísticas: habiendo residido en su primera juventud en nuestro país, supo colaborar, entre otros, con el diario **La Nación**. Javier Rubio Navarro,³⁷ refiere que entre 1916 y 1922 alcanzó fama sucediendo a Ortega y Gasset al frente de la revista **España**, militando en una suerte de socialismo Fabiano. Los itinerarios intelectuales del español lo conectan con dos planos referidos en el presente texto. El primero, su filiación al socialismo ético de tipo neokantiano: en **España en el crisol**, definió al socialismo como una tarea cuya esencia espiritual es que todo hombre sea un fin en sí mismo y no un simple instrumento.³⁸ El segundo, su pertenencia a la red de intelectuales que difícilmente pueda reducirse al complejo de sensibilidades antiimperialistas y espiritualistas, pero que extensivamente incluye a Unamuno, Ugarte, Palacios, Ingenieros, Vasconcelos, y Araquistain, entre varios otros hacia los años veinte.³⁹

Lo que nos importa es que, simbolizado en Araquistain, se proyecta el rechazo de Justo a transitar hacia un nuevo paradigma de concepción del socialismo. Este iba a adquirir un status discursivo a partir de la década del veinte, una vez diferenciadas las tendencias centrista y revolucionaria, de acuerdo al posicionamiento frente al bolchevismo. Lo cierto es que, a los ojos de Justo, la invocación axiológica del socialismo se emparenta mucho más con dogmas metafísicos y religiosos supuestamente ya superados, que con una renovación filosófica de sus fundamentos

Específicamente, creemos que Justo, más allá de la estrategia socialista, ve en la avanzada espiritualista una reposición religiosa. Jaurès, sin ser católico, consideró positivo el aporte de las religiones en la lucha por afirmar los más altos valores. De su efectiva actitud comprensiva hacia la espiritualidad religiosa —que tiene en rigor en él una versión panteísta y no teísta— se ha visto en el francés al representante de la renovación espiritualista no marxista. El socialismo cristiano y personalista, lo incluye en

su tradición.⁴⁰ La cuestión religiosa que circula detrás del motivo espiritualista, es quizá el punto de diferenciación más profundo que impide a Justo identificarse como «socialista ético».⁴¹ Que dicha «espiritualidad» sea más una cuestión de horizontes de sentido que una decisión intelectual,⁴² es algo que Justo difícilmente podría haber dilucidado. En tanto figura de tránsito del siglo XIX al XX, el líder socialista ofrece signos de una ruptura general del pensamiento occidental: serán otros, necesariamente, los que puedan comprender aun los paradójales alcances de sus propias argumentaciones.

³⁷ Rubio Navarro, Javier, «Luis Araquistain (1886-1959). Cinco notas», **La ilustración liberal**, Madrid, n° 12, 2002, en http://www.libertaddigital.com/ilustracion_liberal/articulo.php/280, consultado el 01/12/2010.

³⁸ Araquistain, Luis, **España en el crisol**, Barcelona, Minerva, 1921, citado en Rivera García, Antonio, «Crítica y crisis del republicanismo en el primer Araquistain», edición digital para **Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico**, 2004, en <http://saavedrafajardo.um.es/WEB/archivos/respublica/hispana/documento51.pdf>, consultado el 01/12/2010.

³⁹ Devés Valdés, Eduardo, «La red de los pensadores latinoamericanos de los años 1920: (relaciones y polémicas de Gabriela mistral, Vasconcelos, Palacios, Ingenieros, Mariátegui, Haya de la Torre, el Repertorio Americano y otros mas)», en **Boletín Americanista**, Universidad de Barcelona, año II, n° 49, 1999, pp. 67-79; <http://www.raco.cat/index.php/BoletinAmericanista/article/view/98812/164539>, consultado el 01/12/2010.

⁴⁰ Cfr. Díaz-Salazar, Rafael, **La izquierda y el cristianismo**, Madrid, Taurus, 1998.

⁴¹ Puede indagarse no sólo en la religiosidad de Manuel Ugarte, sino también en la compleja posición de Alfredo Palacios al respecto. Cfr. una curiosa e interesante interpretación desde el demo-cristianismo, en De Vita, Pablo, «Alfredo Palacios, ¿una visión cristiana del socialismo?», en **Criterio**, n° 2291, Buenos Aires marzo 2004, en <http://www.revistacriterio.com.ar/sociedad/alfredo-palacios-questuna-vision-cristiana-del-socialismo/> consultado el 01/12/2010.

⁴² Korn, «Exposición crítica de la filosofía actual», en *op. cit.*, p. 491

Resumen

Desde la visita de Jean Jaurès a la Argentina en 1911, las ideas del francés tuvieron creciente recepción en el socialismo argentino: después de su muerte, sería su figura de «demócrata» la que aglutinara a un horizonte discursivo más amplio que el socialista. La idea de un socialismo ético, como traducción filosófica de un modo de comprender el socialismo como práctica reformista, queda adherida al pensamiento de Jaurès, y es retomada por un intelectual como Alejandro Korn. Éste, hacia los años veinte, interpreta en clave retrospectiva el desarrollo del socialismo argentino bajo tal sello filosófico, ubicando a Juan B. Justo como su emblema. Resulta interesante contrastar dicha lectura con los propios juicios de Juan B. Justo: sobre Jaurès, y sobre el tópico del socialismo ético. El contraste entre Korn y Justo revela más una dispar comprensión de ambos acerca de los nuevos tiempos de las ideas, que una diferencia doctrinaria sustantiva.

Palabras clave: Jean Jaurès; Socialismo ético; Argentina.

Abstract

Since Jean Jaurès visited Argentina in 1911, their ideas had increasing reception in the Argentine socialism: after his death, it would be his figure of «democrat» the one that agglutinated an ampler horizon than the Socialist. The idea of an ethical socialism, as philosophical translation of a way to understand the socialism as a reformist practice, stays adhered to the thought of Jaurès, and is retaken by an intellectual like Alejandro Korn. This one, towards the Twenties, interprets in retrospective key the development of the Argentine socialism under such philosophical seal, locating Juan B. Justo as its emblem. It turns out interesting to contrast this reading with the judgments of Juan B Justo: about Jaurès, and about the topic of the ethical socialism. The divergence between Korn and Justo reveals more a difference in the understanding of the new times of the ideas, than a substantial opposition about socialist doctrine.

Keywords: Jean Jaurès ; Ethical Socialism : Argentina